

20
OCTUBRE
2010

CONSTRUIR CONFIANZA EN EL MAGREB SIGNIFICA INVERTIR

Ideas para acelerar el crecimiento en la región

Francis Ghilès Investigador Senior, CIDOB

¿Qué papel pueden desempeñar los países del Norte de África en un mundo en el que el equilibrio del poder económico y político ha cambiado y sigue cambiando de una forma que pocos en Occidente han advertido y muchos aún se niegan a reconocer? Este cambio está obligando a Europa y a América del Norte a tener en cuenta el punto de vista de unos países que, hace tan solo una generación, no contaban para nada desde el punto de vista económico. Se trata de un proceso doloroso. En Europa algunos han optado por esconder la cabeza bajo el ala y siguen utilizando argumentos que tienen muy poco sentido en 2010; otros parecen espantados por lo que consideran una pérdida de supremacía de los intereses económicos occidentales, tras tres largos siglos de dominación.

Si los países de las dos orillas del Mediterráneo Occidental fueran capaces de abordar la cuestión sin sentimentalismos, podrían crearse nuevas industrias y muchos puestos de trabajo, con lo que aumentaría el valor de la producción en el Norte de África y se abriría la vía a una transferencia de tecnología europea. Tales cambios, a su vez, contribuirían a aumentar la competitividad en la industria de la región e insertarían al Magreb en la nueva cadena de valor añadido que está emergiendo en el planeta, y que se está inclinando de un modo decisivo hacia Asia.

El Proceso de Barcelona, lanzado en 1995, ha seguido su curso, pero dista mucho de ser obvio que la Unión por el Mediterráneo, lanzada en 2008, vaya a cumplir los objetivos que un proyecto tan ambicioso como el Partenariado Euro-Mediterráneo ha venido enunciando estos últimos 15 años.

Puede argumentarse que al Proceso de Barcelona siempre le ha faltado la masa crítica de inversión necesaria para hacer posible un serio despegue económico, y que la tan cacareada actualización corporativa (*mise à niveau*) nunca llegó a materializarse, excepto de una manera limitada en Túnez. Por lo que respecta a la Política de Vecindad de la Unión Europea, podríamos describirla como un “*cache misère politique*”. La mayoría de países han continuado favoreciendo sus tradicionales relaciones bilaterales con países europeos a expensas de sus relaciones horizontales con otros países del Norte de África. En otras palabras, todo el mundo ha estado practicando una especie de bilateralismo multilateral.

El contexto regional general no ha ayudado mucho, por supuesto: a la profundización de la crisis de Oriente Medio y a la cuestión sin resolver de las fronteras del Magreb, hay que añadir la renuencia cada vez mayor de la Unión Europea (UE) a aceptar a Turquía como futuro miembro. La llamada ‘fatiga de la ampliación’ condiciona la actitud de

la UE respecto a todos sus vecinos. Incluso antes de que se hiciera evidente esta fatiga era dudoso que la UE estuviese realmente interesada en una estrategia a largo plazo para promover mayores flujos de intercambio económicos y de energía con el Norte de África. Dicho esto, todo el mundo estará de acuerdo en que corresponde a los líderes políticos norteafricanos actuar como lo hicieron a mediados de la década de 1980, cuando el jefe de Estado argelino Chadli Bendjedid y por el rey Hassan II de Marruecos lanzaron el proyecto GME (Gasoducto Magreb Europa).

¿Un Magreb químico?

Más allá de los gasoductos, los proyectos de inversión en determinados sectores energéticos y minerales, concretamente en fosfatos y energías renovables –en particular, en energía solar– ofrecen muy buenas oportunidades de negocio para todos los involucrados en ellos: compañías norteafricanas y europeas, pero también empresas americanas, australianas y chinas, tanto privadas como estatales. El gas natural y la roca fosfática ofrecen magníficas posibilidades: combinados podrían dar un fuerte impulso a la producción de fertilizantes,

La idea de un *Magreb químico*, más allá de los fertilizantes y los plásticos, modelada al estilo del *hinterland* desarrollado por Alemania para su industria automovilística en la Europa del Este después de 1989, es un escenario que vale la pena dibujar

tes, una mercancía cuyo mercado potencial es enorme. El Norte de África –que cuenta con cantidades muy abundantes de roca fosfática, gas, amoníaco y azufre– constituye una base para manufacturar fertilizantes que contaría con una estupenda relación calidad-precio. Se espera además que el mercado de abonos crezca exponencialmente en las próximas décadas, puesto que aumentará de manera espectacular la demanda de alimentos en todo el mundo, empezando por China y otros países cuyo nivel de vida está creciendo rápidamente. El factor chino es clave en este caso, pues buena parte de las tierras cultivables en China son de baja calidad. Al igual que la mayoría de productos agrícolas, el aumento en el precio de los fertilizantes 2008 alcanzó en 2008 un nivel máximo, lo que da una buena idea del beneficio que se puede acumular dando de comer al mundo. La reciente oleada de absorciones y adquisiciones en la industria de los fertilizantes a nivel mundial apunta igualmente a un fuerte crecimiento de este sector durante los próximos años.

Por otra parte, la fabricación de determinados tipos de plásticos, un material cada vez más versátil para las industrias del embalaje, la construcción y el transporte, ofrece asimismo múltiples oportunidades. Con una población joven y en rápido crecimiento, tanto el sector de la vivienda como el del procesamiento de alimentos tienen un gran potencial en el Norte de África. En ambos casos –fertilizantes y plásticos– las pequeñas y medianas empresas podrían trabajar

junto con las grandes compañías privadas y estatales, contribuyendo de este modo a ampliar el capital de trabajo cualificado, de conocimientos técnicos (*know how*) y de comercio intersectorial entre países. Estos factores sugieren que la idea de un *Magreb químico*, más allá de los fertilizantes y los plásticos, modelada al estilo del *hinterland* desarrollado por Alemania para su industria automovilística en la Europa del Este después de 1989, es un escenario que vale la pena dibujar.

Pero miremos hacia el futuro, hacia el 2030. La perspectiva de unos gasoductos que lleven gas nigeriano a los agotados campos gasísticos de Hassi R'Mel y/o gas iraquí a Europa vía Egipto y Libia, puede parecer atrevida e incluso descabellada a día de hoy. Pero ¿quién puede afirmar que no vale la pena considerar estos escenarios a largo plazo? La Comisión Europea ha manifestado interés en la idea de un gasoducto trans-sahariano desde Nigeria, si bien la flexibilidad y los costes cada vez menores que acarrea transportar el gas en forma de GNL (gas natural licuado) sugieren que enviar por barco el gas desde Nigeria podría seguir siendo una opción atractiva. Lo que no cambiará es el hecho de que la planificación del suministro de energía

seguirá requiriendo mucha previsión y pensamiento a largo plazo. La historia del siglo XX, particularmente en Oriente Medio, lo testifica claramente. Otra perspectiva sugerente es la de la concentración de energía solar, tanto para generar electricidad como para desalinizar agua, en una región en la que el 'estrés hídrico'

está aumentando rápidamente y el medio ambiente en general está sometido a importantes amenazas. En cualquier caso, la región del Sáhara cuenta con unos recursos enormes en fuentes de energía renovables –sobre todo un sol de alta radiación calorífica– que vale la pena contemplar a 10 y 20 años vista.

Además, utilizando sus fuentes de energía renovables para generar electricidad, los países norteafricanos no solamente podrán satisfacer sus necesidades cada vez mayores de electricidad, sino que al mismo tiempo podrán disponer de más gas y petróleo para la exportación. Los vínculos con los proyectos energéticos convencionales, particularmente los relativos al gas natural, podrían reforzarse debido a que el largo historial de suministro de gas natural a Europa, cuya fiabilidad es muy prometedora para cualesquiera futuros proyectos de aprovechamiento de la energía solar en el Sáhara para generar electricidad. Los accionariados conjuntos entre empresas europeas y norteafricanas en proyectos para importar/exportar energía solar tendrían mucha lógica. Sin embargo, a menos de que el marco de la política económica para las energías renovables tienda a favorecer su desarrollo (subsidios a los precios, etc.) tanto en Europa como en el Magreb, no es nada obvio que los productores del Magreb obtengan beneficios suficientes con la exportación como para contribuir al crecimiento económico global. Un marco legal adecuado –en el caso de las exportaciones de

energía eléctrica de fuente solar es algo necesario a ambos lados del Mediterráneo— podría utilizarse para impulsar un intercambio dinámico de adaptación institucional: los europeos podrían abrir sus mercados y respaldar los proyectos solares pioneros a cambio de unos marcos de inversión garantizados para tales proyectos.

Hoy, naturalmente, lo que más sorprende al observador son los desequilibrios regionales Norte-Sur en el Mediterráneo —en las pirámides de edad de las poblaciones de las dos orillas, en los niveles de consumo de energía, en la producción de gas y petróleo. Una vez corregidos estos desequilibrios, en el marco de un plan a medio plazo, podría mejorar mucho el prestigio económico de la región en el mundo, alentar la creación de nuevas industrias y contribuir a transferir tecnología, crear más puestos de trabajo, una mayor capacitación y más intercambios comerciales en y con el Magreb. Ello generaría una mayor sensación de seguridad y una disminución de la percepción de amenaza en las dos orillas.

Porque la percepción de inseguridad es compartida. Algunos en Europa temen una dependencia excesiva —de más de un 40%— del suministro de gas de Argelia, mientras que olvidan convenientemente la incertidumbre a la que se enfrentan los países productores al apostar por desarrollar sus recursos desconociendo qué cantidad de gas necesitará Europa dentro de 20 años. Algunos europeos tampoco parecen darse cuenta de que también estos países, que importan la mayor parte de los productos alimenticios básicos que consumen, sienten que corren un grave riesgo. Sin embargo, otra percepción señala que los mercados son inciertos por naturaleza y que los países del Norte de África, y particularmente Argelia, tienen que convertirse en operadores más ágiles, como ha demostrado serlo China. En un sentido más amplio, el temor al “otro” se pone de manifiesto en muchas capitales europeas, vista la abdicación por parte de Europa de toda política independiente respecto a los suministros de Oriente Medio y vistas las dificultades que ha encontrado para asegurar sus suministros de gas de Rusia. Estas dificultades se proyectan en forma de desconfianza sobre los productores del Magreb, pese al hecho de que la compleja relación de suministro existente con Rusia, a través de Ucrania y Bielarrús, no tiene equivalente en el Magreb, puesto que la trayectoria de Argelia como proveedor fiable ha sido intachable durante casi medio siglo.

Un desafío clave en el Norte de África en la actualidad es el de fomentar las empresas mixtas o *joint ventures* industriales entre los estados marroquí y argelino y las empresas privadas. Algunas ideas han aparecido en este sentido: la compañía energética estatal argelina y la compañía estatal de fosfatos del reino marroquí deberían adquirir recíprocamente participaciones en el capital de ambas empresas. Dos importantes bancos, uno marroquí y otro argelino, deberían

hacer lo mismo. Tanto marroquíes como argelinos están sintonía respecto a esta interesante idea. Sin embargo, vistas las difíciles relaciones políticas existentes entre los dos países, la triangulación con terceros países constituye una opción que vale la pena explorar como método para aliviar posibles temores a ambos lados de la frontera argelino-marroquí. En otras palabras, habría que alentar a importantes empresas tunecinas, españolas, francesas, italianas, alemanas y británicas a que participasen en nuevas *joint ventures* en el Magreb. Al fin y al cabo, el gasoducto Enrico Mattei y —una década más tarde— el gasoducto Duran Farell pudieron completarse con éxito precisamente de esta manera: no sólo hubo fondos europeos involucrados en la operación, sino que Italia y España/Portugal participaron como accionistas clave en los respectivos proyectos.

Para llegar a propuestas concretas (después de largas divagaciones y pocos resultados en el proceso de integración del Magreb) cabe imaginar dos proyectos realistas: una planta de amoníaco y una planta de plásticos. Los dos proyectos tienen mucha lógica si lo que se pretende es desarrollar el Magreb. El primero contribuiría a ampliar la producción de fertilizantes marroquí y permitiría alcanzar los precios

Para llegar a propuestas concretas (después de largas divagaciones y pocos resultados en el proceso de integración del Magreb) cabe imaginar dos proyectos realistas: una planta de amoníaco y una planta de plásticos

básicos de producción más competitivos del mundo en determinados tipos de abonos. El segundo contribuiría a dar impulso a un sector que manufactura productos clave para una amplia variedad de sectores industriales a precios muy competitivos. Ambos proyectos favorecerían la inversión privada en otras fases de la cadena productiva y crearían muchos puestos de trabajo cualificados en la región. También podrían atraer inversiones de las principales empresas de fertilizantes españolas y europeas, y también de compañías tunecinas. Estas participaciones societarias cruzadas contribuirían a acabar con los temores relativos a la “seguridad energética” o a cualquier otra forma de seguridad que parecen obsesionar actualmente a ambos lados del Mediterráneo.

Construir confianza en el Magreb significa invertir. De la misma manera, debería permitirse a las principales compañías norteafricanas que comprasen acciones en los gasoductos y plantas de Europa, y no solamente permitirlo, sino alentar a las empresas a hacerlo. La situación por la que pasa actualmente British Petroleum es un ejemplo de ello: ¿por qué no iba Argelia, por medio de un fondo soberano, a expresar su interés en inyectar capital en una gran compañía de gas y petróleo que ya tiene intereses en Argelia? De este modo se cubrirían las necesidades de capital que tiene BP en un momento difícil como el actual, y se fomentaría la transferencia de tecnología. Llegado el caso, Argelia declararía que no desea influir en la política de BP.

Las ocas vuelan hacia el Mediterráneo occidental

Securitizar Europa no puede simplemente adoptar la forma de restringir la concesión de visados e incrementar la cooperación en la lucha contra el terrorismo. También tiene que adoptar la forma de una mayor cooperación industrial. Dicha política concuerda muy bien con la idea del Magreb como “reserva de crecimiento” para Europa –efectivamente, una población muy joven y en aumento ofrece muchas oportunidades para un crecimiento más rápido en comparación a una Europa envejecida. El paradigma de las ocas voladoras, según el cual un país o un grupo de países más desarrollados animan a sus industrias a escalar la cadena del valor al mismo tiempo que alientan a los estados vecinos a hacer lo mismo partiendo de unas bases más modestas, un paradigma iniciado por el Japón después de 1945, podría muy bien ser una fuente de inspiración, aunque muchos europeos se muestran todavía renuentes a considerar a los países del Magreb como socios: el temor y la descon-

China tiene una estrategia para el Mediterráneo de la que el Magreb no es más que uno de los componentes. ¿Cómo van a reaccionar los europeos y los norteafricanos cuando tomen finalmente conciencia de lo rápidamente que está creciendo la influencia de China en la región?

fianza parecen empañar su visión, o tal vez simplemente se trata de una profunda reticencia a mirar como iguales a unas personas que hasta hace poco no eran más que unos “súbditos coloniales”.

Esto nos lleva de nuevo al debate del Proceso de Barcelona. Preconizar la democracia está muy bien, pero tanto la UE como EEUU han practicado tan a menudo lo contrario de lo que preconizaban que en Oriente Medio como en el Norte de África han hecho oídos sordos a tales exhortaciones. Pero esta situación no exime en absoluto a todos los países del Norte de África de la urgente necesidad de mostrar un mayor respeto por el imperio de la ley, dotarse de unos procedimientos legales más transparentes y permitir una mayor libertad de expresión e información. Pese a seguir gobernada por un partido único, China está cambiando rápidamente en al menos dos de estos tres frentes: ¿por qué no pueden los estados norteafricanos seguir el ejemplo de una economía que tanto éxito está teniendo? ¿Por qué se muestran tan ciegas sus élites a las ventajas –en términos económicos cuando menos– que tendría esta evolución?

Si combinamos esto con el temor al terrorismo, al Islam y al “otro”, la consecuencia es que son demasiadas las personas –especialmente entre los grandes inversores internacionales– que tienen una visión del Magreb excesivamente tenebrosa y perjudicial para lo que serían sus mutuos intereses económicos. Contrariamente a lo que muchos piensan en Europa, el Magreb está prosperando de diversas maneras – como lo demuestra el hecho de que los chinos no estarían allí en número creciente si la región careciera de interés, ni

estarían comprando puertos en el sur de Italia o compañías en el Pireo. China tiene una estrategia para el Mediterráneo de la que el Magreb no es más que uno de los componentes. ¿Cómo van a reaccionar los europeos y los norteafricanos cuando tomen finalmente conciencia de lo rápidamente que está creciendo la influencia de China en la región? Mientras China se está convirtiendo en un actor clave en lo que a los europeos les gusta pensar que es su ‘patio trasero’, estos últimos quizá descubran demasiado tarde que el gigante asiático actúa únicamente en función de sus propios intereses. Para entonces, cualquier rol que aspire a representar el Mediterráneo Occidental se habrá evaporado antes incluso de tomar forma. Lo mejor que podemos hacer en esta fase es procurar no “perder el control”, por citar el título del brillante libro escrito por Stephen King, el economista principal de HSBC, uno de los bancos más grandes del mundo: “Perdiendo el control: las nuevas amenazas a la prosperidad occidental”.

Los viejos hábitos son difíciles de erradicar. Las viejas redes de complicidad entre las élites políticas y de seguridad en las dos orillas del Mediterráneo Occidental llevaron a muchos políticos europeos, cuya mayor preocupación era garantizar la estabilidad en el Norte de África, a dar su apoyo a las élites políticas rentistas que

dominan actualmente en el Magreb. Este apoyo tiene un precio, sin embargo, pues estos mismos europeos parecen no darse cuenta del ascenso de una generación más joven de empresarios, en el sector público y privado– que se sienten cada vez más frustrados por la incompetencia y falta de visión de sus propias élites políticas. Estos jóvenes tecnócratas, a menudo educados en las mejores universidades europeas y norteamericanas, perciben a las élites políticas europeas como condescendientes y económicamente ancladas en un rincón del pasado. La profunda crisis económico-financiera de los últimos años ha lesionado a las economías occidentales y a la vez ha destruido el prestigio que tenían.

Los dirigentes políticos del Norte de África siguen en deuda con determinados dirigentes europeos, pero las nuevas élites tecnocráticas saben muy bien que Occidente en general, y Europa en particular, ya no volverán a tener jamás la última palabra. Las profundas líneas de falla que la crisis ha puesto de manifiesto en las economías europeas sugieren que ya va siendo hora de que los líderes políticos y empresariales europeos se decidan a enfocar de otra manera cómo gestionar las relaciones económicas con sus vecinos directos del sur. Un número creciente de miembros de la élite económica europea lo tiene cada vez más claro, en la medida en que el terreno de juego económico ha experimentado un giro decisivo en favor de Asia –¿acaso no puede ser el Magreb el próximo a ponerse en la cola, como ya lo ha hecho Turquía?

En un mundo que cambia tan rápidamente, las élites políticas europeas deberían concentrarse en aquellos proyec-

tos económicos que tengan un mayor sentido o, dicho de otro modo, dado el marco regulador adecuado, impulsar proyectos que puedan atraer inversores privados de todo el mundo y que proporcionen beneficios a todas las partes. Después de todo, los dos gasoductos que transportan gas de Argelia a Europa han sido solventes, y han reducido el riesgo de conflicto armado en el Norte de África. ¿Por qué no seguir el ejemplo de esta historia de éxito? La falta de unos líderes decididos no es una característica exclusivamente norteafricana, sino también europea. Europa pasa mucho tiempo intentando –con poco éxito– influir en la política interna de los países latinoamericanos y asiáticos: ¿no sería más aconsejable que se mostrara más activa en una región que empieza en sus mismas puertas y que es tan rica en minerales, trabajadores cualificados y lazos históricos no siempre negativos?

La desunión del Norte de África no es solamente el resultado de las enemistades locales: es también resultado de la Guerra Fría y de la reluctancia, o tal vez falta de interés de Europa, al menos hasta hace muy poco, a aceptar a un Magreb menos dócil y más rebelde. A diferencia de Turquía, cuyas élites ya no acatan a rajatabla las ordenanzas de EEUU o de la UE cuando éstas llegan a Ankara, los líderes norteafricanos parecen incapaces o no quieren imaginarse un futuro a largo plazo para el Magreb, y mucho menos construirlo potenciando a aquellos empresarios cuya forma de pensar y de entender cómo marcha el mundo va muy por delante de cómo lo entienden sus líderes políticos, anclados en un pasado nacionalista que carece ya totalmente de sentido en términos económicos e industriales regionales y globales.

Pese a todas estas complejidades, existen algunas ideas que vale la pena explorar y que ofrecen muchas oportunidades para acelerar el crecimiento en la región –un crecimiento que además mejorará la seguridad mutua. Entre los proyectos que valdría la pena promover se incluyen, por ejemplo:

- Propiedad cruzada de acciones entre Sonatrach y Office Chérifien des Phosphates.
- Propiedad cruzada de acciones entre dos importantes bancos, uno argelino y otro marroquí.
- Una planta de amoníaco conjunta.
- Una planta de plásticos conjunta.

Estos proyectos podrían –en rigor, deberían– involucrar a inversores internacionales y a compañías del Magreb y Europa en primer término pero también, por qué no, de América del Norte y Asia. Esta forma audaz de pensar indicaría que el Mediterráneo Occidental ya no estaría padeciendo una sempiterna “crisis de ideas, de análisis de percepción”. No hay falta de capital, y si el capital abandona la región es precisamente porque los líderes regionales –en el Magreb y también en el sur de Europa–, parecen incapaces de pensar más allá de un marco lógico que es de otro tiempo, que sigue fomentando los tópicos relativos al otro, a su dependencia de la ayuda externa o a su déficit democrático.

Ya es hora de practicar un poco de *realpolitik* económica, de plantear algunas ideas nuevas y proyectos tractores, de pensar seriamente el papel que la energía y otros recursos

minerales pueden jugar como elementos facilitadores o catalizadores para ayudar a anclar firmemente al Mediterráneo Occidental en el nuevo mapa económico mundial, en beneficio mutuo.